

EL MITO DEL AGUA EN ALGUNAS PRIMITIVAS CULTURAS AMERICANAS Y ENTRE LOS ANTIGUOS MAPUCHES

por el prof. HUGO GUNCKEL

Alguien ha dicho que los mitos encierran los misterios primitivos del hombre: en efecto, desde la más remota antigüedad, la religión y la poesía los conjugan.

El mito aparece en el horizonte histórico de la humanidad como una semilla que explica muchas cosas del universo. Desde el punto de vista filosófico o científico, los mitos tienen una función parecida a la de las hipótesis en el mundo de las ciencias contemporáneas. Sin embargo, los mitos involucran otras realidades más amplias; más unidas a los destinos del ser humano primitivo; se siente bajo su tejido estructural, latir los misterios de las cosas pasadas, originales, intocadas y estremecidas aún por el hábito virginal de las primitivas fuentes.

Todos los mitos, aun los de distintas regiones del mundo, mantienen semejanza entre sí; son todos de un mismo origen filosófico y son los lazos de unión que los trama en determinadas unidades.

Por eso, el mito en general posee un significado de símbolo. Pero no es un símbolo de carácter estático sino dinámico y envuelve un origen genético causativo. En cada mito hay una palabra escondida que resume elementos esenciales de un proceso o de una evolución cultural.

Esta palabra permanece temblando, y encierra el origen de muchas culturas humanas y la filosofía de religiones.

Por otra parte, un autor ha dicho que "el mito pertenece a un terreno exclusivamente psicosocial; es un proceso del alma colectiva, que alcanza en la sociedad una evolución histórica expresada por prácticas e instituciones sociales. Sin duda, en el pensamiento mítico influye el medio físico, como en todos los productos sociales; pero su naturaleza psíquica se sobrepone hasta cierto punto a los accidentes del proceso histórico y le da una relativa uniformidad en las diversas comunidades".

"En resumen, las dos fuentes del mito, lo mismo que del lenguaje, son las percepciones y las asociaciones colectivas, evidenciadas por la sugestión social.

"La igual impresión colectiva corresponde, por otra parte, a una homogeneidad en que las diferencias individuales casi no existen, porque el número de ideas, las direcciones del sentimiento y los intereses, siendo reducidos, son más uniformes. De aquí que el mito esté constituido por conceptos sintéticos y colectivos, deficientes en observaciones y análisis.

"Una vez creada la concepción mística se complica sólo por deducciones subjetivas, sin las rectificaciones de la experiencia, producto tardío de la crítica y de la observación metódica" (Mariano H. Cornejo, *Sociología general*. Tomo 2, cap. II. Lima).

Otro autor, don Tomás Guevara, eminente etnólogo chileno y conocido araucanista, escribe a su vez: "sirviendo el cuento de expresión al mito, contribuía directamente a darle forma y desarrollo. Sus conceptos fantásticos no sólo eran creídos sin sombra de duda por estas pequeñas y aisladas colectividades, sino que impregnaban a los objetos de un temor religioso y facilitaban la personificación de muchas manifestaciones del mundo exterior. Las montañas, los ríos, el mar, el cielo, las selvas, lagunas y otros fenómenos naturales, sirviendo de motivos a los cuentos, propiciaban abundantemente las personificaciones".

El cuento primitivo sobre estas personificaciones se transmitía oralmente, se uniformaba en los episodios y adquiría al fin los contornos de la tradición o leyenda, que fijaba las ideas y exteriorizaba las ansiedades, los terrores y anhelos de la colectividad, que contribuía a la cohesión y reglaba la actividad social, relacionándola con la caza, la pesca y la cosecha.

La masa de estas relaciones que se vinculaban también a las nociones religiosas o prácticas mágicas, constituía el sistema mítico de los mapuches y de numerosos países prehispánicos americanos.

En este breve comentario he reunido algunos antecedentes relacionados con el mito del agua en primitivas culturas, especialmente americanas; ya que el mito del agua, la tradición del origen de todas las cosas del universo del agua, es sin duda, lo más antiguo y primitivo que conserva la literatura universal, ya que debe haber nacido al desaparecer la última época glacial, cuyo manto de nieve y de hielo cubría casi todo el globo terrestre, pero en épocas distintas para cada hemisferio.

En el comienzo del *Poema de la Creación* que data de 8.000 años antes de la era cristiana y que fue encontrado en la Mesopotamia, se lee lo siguiente: "Cuando en lo alto el cielo era aún innominado y abajo tampoco la tierra tenía nombre, las aguas se confundían en un todo ante el Apsú, el Padre primitivo de la creación, y la tumultuosa Tiamat, Madre de todos" y así nacieron las cosas que hoy pueblan los distintos continentes del mundo.

Siglos más tarde, Tales de Mileto, el fundador de la filosofía helénica, el primero en preguntarse qué es el SER HUMANO, fundamentó en el agua el primer elemento de los seres. El universo para él está penetrado de la humedad del agua, tiene propia y misteriosa energía y algo sagrado recorre sus estructuras. "El universo está lleno de dioses", dirá el famoso sabio: los dioses simbolizan el agua.

Aristóteles nos relata en uno de los primeros capítulos de la Metafísica que los antiguos teólogos y poetas, y en general, los primeros hombres, juraban por el Agua, considerada lo más antiguo y, por consiguiente, lo más sagrado.

El agua aparece en los comienzos del mundo como fondo sagrado, testigo mudo y solitario que asiste a la organización de los elementos. En la leyenda de Rama, el antiguo conquistador de Ceylán, leyenda que se remonta a varios miles de años antes de la era cristiana y que ha sido cantada y congregada por el poeta Valmiki en el Ramayana, también se escenifica el agua como un dios, es el dios *Narayana* de los bramánicos.

Entre los indígenas americanos el agua reviste un ropaje sagrado y misterioso: Manco Capac y Mama Oella, los fundadores del Imperio de los Incas, descendiendo del cielo, de una nube que los deposita sobre las aguas del lago Titicaca; son los hijos del Sol. Otra leyenda dice que ellos salieron de las profundidades del Titicaca para enseñar a los hombres y a las mujeres y constituir el vasto imperio incásico.

Según nos afirma Salomón Reinach, en el *Orfeo, Historia general de las religiones*, los indios norteamericanos creían en un mundo de espíritus, cuyo jefe, el gran Manitú, había creado el mundo en una tremenda lucha contra el agua.

En el palacio de los Tigres, en Chichén-Itzá, en México, hay un estupendo y fantástico friso que representa al dios supremo Hunab-Ku, de cuyas órbitas fluyen dos fuentes de lágrimas del numen y que corren caprichosamente en volutas y ondulaciones y en ellas van surgiendo como un mágico conjuro el loto y las flores, la vida vegetal, los peces, los animales de la tierra y el hombre caído y luego en pie, en toda la fuerza de su advenimiento y la energía que le concede la conciencia de su ser y de su gran destino. Así concebían los mayas la creación del mundo.

América, la gran cautiva de los mares, como la llama López de Mesa, aparece y emerge en el horizonte de los remotos tiempos a través del agua, como señalando quizá la lejanía y el espléndido aislamiento en que se encuentra respecto de los demás continentes. Los mares guardan y conservan su sueño telúrico, su soledad geográfica, su vastedad cósmica.

También podemos hallar mitos entre las razas mapuches, pero corresponden a la época media de su evo-

lución cultural, ya que no tenemos pruebas para poder afirmar que en la época primitiva hayan existido mitos entre los araucanos.

Pero a medida que los grupos indígenas adelantabanse con las instituciones, el "mito iba perdiendo parte de ese elemento misterioso y recóndito con que la mentalidad del primitivo recargaba todas las cosas".

Así se explican, dice Guevara, las variaciones de episodios, de características y formas que los mitos presentan en diversos tiempos y lugares: era pues colectivo en su creación y aun en su evolución.

Entre los primitivos mapuches han circulado numerosos mitos; pero para el presente trabajo sólo nos interesa el siguiente que tiene relación con el tema de fondo que estoy desarrollando:

*Trenten o tentén*, es el mito del diluvio entre los mapuches, probablemente de origen premapuche.

Sobre la creación del hombre no conservan los mapuches leyenda alguna; sólo daban antes el nombre de *peñe epatum* a los primeros habitantes de la tierra araucana, sin saber quienes eran ni de dónde vinieron. El único dato relativo a la génesis es el de este mito que ha persistido hasta el presente con variante en algunos episodios: es el mito del diluvio que se ha conservado y que se encuentra citado por casi todos los cronistas e historiadores coloniales, entre ellos por el abate don Juan Ignacio Molina, el cual dice lo siguiente sobre este acontecimiento:

"Se conserva entre ellos la memoria de un gran diluvio, en el qual dicen que no se salvaron sino pocas personas, sobre un alto monte dividido en tres puntas, llamado *Thegtheg*, esto es, el tonante, ó el centellante, que tenía la virtud de fluctuar sobre las aguas. De aquí se infiere que este diluvio no vino sino después de alguna erupción volcánica, acompañada de grandes terremotos, y verosimilmente es muy diverso del Noctico. Efectivamente, siempre que la tierra se sacude con vigor, aquellos habitantes procuran refugiarse en los montes que tienen quasi la misma figura, y por consecuencia, la misma propiedad de nadar; diciendo ser de temerse, que después de un fuerte temblor salga la mar otra vez fuera, é inunde toda la tierra. En estas ocasiones llevan consigo muchos víveres, y platos de madera para preservarse la cabeza del calor, en el caso que el *Thegtheg*, elevado por las aguas, subiese hasta el sol. Pero quando se les opond que para este objeto serían mas acertados los platos de tierra, que son menos sujetos a quemarse, dan una respuesta que es también entre ellos muy común, esto es, que sus antepasados lo hacían siempre así". (J. I. Molina, *Compendio de la historia civil del Reyno de Chile*... Parte segunda traducida al español y aumentada con varias notas por don Nicolás de la Cruz y Bahamondes, págs. 93-94. Madrid, 1795).



Según este mito, *thegtheg* o *tentén* era una culebra que habitaba en la cumbre de los cerros altos, los cuales, por esta circunstancia, tenían el mismo nombre, toponimia que se ha conservado en muchas localidades hasta ahora.

El Tentén aconsejó a los indígenas que se acogiesen a la altura cuando sobreviniera la inundación anunciada, asegurándoles que ahí los favorecería y que los rezagados en llegar, se transformarían fácilmente en peces u otros animales marinos o fluviales.

En la región baja, tal vez en el mar o en sus proximidades, moraba otra culebra, también de poderosa acción, llamada *Kaikai*. Sobrevino el fenómeno diluvial por el levantamiento y expansión de las aguas del mar que obedecían las órdenes del *Kaikai*; pero a la par, el Tentén hacía subir el cerro flotante sobre las aguas, en cuya cima se habían guardado unos pocos hombres, mujeres, niños y animales. Los que no alcanzaron a salvarse, sumergidos en el agua, se transformaron en peces o en peñas. En esta lucha de los dos ofidios, el tentén llegó hasta cerca del sol, donde el calor abrasador acabó con casi todos los seres humanos, por más que se cubrían la cabeza con tientos domésticos que servían de aisladores de los rayos caldeados. Una o dos parejas se salvaron y previo un sacrificio de un niño descuartizado en cuatro partes y arrojado al mar para que volviera a su estado normal, comenzaron la procreación de una nueva raza.

Este mismo sacrificio realizaron varias machis en el litoral de la provincia de Cautín, después del gran sismo de mayo de 1960, al dar muerte a golpes al niño de cinco años José Paineicura Paineicura, y abierto su pecho para arrancarle el corazón y demás vísceras, las que fueron arrojadas al mar, para así calmar la ira de los dioses... y terminar con los terremotos y maremotos; sobre este hecho publicamos bajo el título *Algunas ideas de los mapuches acerca de los sismos en los Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales*, N° 23, páginas 207-213, 1960, un trabajo justificando sociológicamente el hecho.

No cabe duda que estos mitos de voluntades opuestas, uno protector de los hombres y otro enemigo de ellos; uno, potencia de la montaña y otro, del mar, concordaban con la gran ley de las sociedades primitivas, la de los principios contrarios que rigen los fenómenos y las cosas; uno generador del bien y de la felicidad y el otro del mal y de la desgracia.

El ilustre investigador Dr. Lehmann-Nitsche, infatigable cultor de la etnología y del folklore americano, ha informado en una publicación interesante que los mapuches del otro lado de los Andes tienen exactamente el mismo trentén —aunque lo llaman *chrenchren*— de los indígenas chilenos.

Sostiene además, Lehmann-Nitsche, que este mito es

general en todas las naciones andinas del continente austral de América, como se comprueba con los escritores antiguos. Afirma, igualmente, que esta leyenda de los araucanos contiene rasgos del totemismo, a juzgar por este pasaje del P. Diego de Rosales: "y de los que se trasformaron en peces, dicen que pasada la inundación o diluvio, salían del mar a comunicarse con las mujeres que iban a pescar o coger mariscos, y que de aquí proceden los linajes que hay entre ellos de indios que tienen nombres de peces, porque muchos linajes llevan nombre de peces, de ballenas, lobos marinos, lisas, etc."

El totem vino a ser un nombre de familia, si pertenecía a la tribu; ahora queda parte constituida de algunos apellidos.

Todavía entre los mapuches actuales se conservan otros seres mitológicos que pueden ser relacionados con mitos del agua; así tenemos, entre otros, a los mapuches de la costa, al sur de Puerto Saavedra, provincia de Cautín, que reconocen un mito que habita en el agua, como en las lagunas, llamado *Sompallhue*, representado por una figura humana y a él se encomiendan para obtener una buena pesca.

Existe también el *Epuangue*, "dos caras, ser de dos caras, denominación de un hucufú que posee el mar o el lago, y que llama también *millalonco* (cabeza de oro) o *cohuecufú*, demonio del agua.

Justo con al *Kaikai*, encontramos al *Kaikaiñitu*, que en algunas regiones de la Araucanía "lo representan como un caballo recién nacido, pero con crines tan crecidas, que le arrastran por el suelo. En las tribus del litoral y de los lugares adyacentes, lo conciben como un monstruo mitad serpiente y mitad caballo, que habita en el fondo del mar. Su grito se asemeja al relincho del caballo".

Otro mito relacionado con el agua es un sapo grande que llaman *Pacarhua*, es el dueño de la fuente o vertiente, donde mora; cuando se retira de las vertientes sobreviene su agotamiento inmediato y aun su muerte. Este sapo se llama en algunas regiones también con el nombre de *Arünco*. La leyenda de estos batracios cuidadores de las aguas útiles al hombre, es muy común en los pueblos de origen incásico y en los sometidos por los incas, en los cuales la necesidad del agua para beber y para otros usos domésticos era mucho más sentida que entre los mapuches, que habitan una región sumamente lluviosa y rica en ríos y lagunas.

Finalmente podemos afirmar que existe un abundante material de cuentos míticos que se puede recoger en las distintas agrupaciones araucanas sobrevivientes. Sobre cada mito circulan multitud de relatos fabulosos y sorprendentes, en que aparecen objetivados los fenómenos naturales y obrando con intención humana los animales y aun objetos inanimados.